

mi padre me encargó de llevarle una carta se la entregué á un bedel, porque no me atreví á entrar en clase ni á dirigirle la palabra; un día, al volver de clase, vi á Doña Ramona asomada al balcón, y como consecuencia regañé con mis siete hermanos y me marché á la cama sin cenar; una noche soñé que estaba en un jardín y que mi don Raimundo salía de detrás de una peña y muy rendidamente me besaba la mano, lo cual me dió una alegría muy grande en sueños y una tristeza negra al despertar. Llegó la semana tremenda; me examiné; volví á casa, más pálida que nunca, con mis inevitables sobresalientes; mi madre comenzó su terapéutica de ducha, huevos, leche, me prohibió estudiar en absoluto; y se decidió á lanzarse al mundo para ver de divertirme un poco.

El «mundial ruido» ya sabes tú lo que significa en X... y en verano: bailar, ir de merienda, bailar más, ir al teatro si viene compañía, bailar otra vez y bailar siempre, en el Casino, en el teatro después de la función y en casa de todas las amigas: bailar todas las noches de la semana, casi todas las tardes, y las mañanas de los domingos al salir de misa

de once, mientras llega la hora de comer. Como la ciudad es relativamente fresca, vienen familias de Madrid á pasar el verano con relativa economía. Los «muchachos jóvenes» de las tales familias madrileñas son la gran atracción del veraneo sentimental, porque acaece que todos los solteros de X... han sido novios durante el invierno de todas las solteras, sus conciudadanas, y en el verano complácense ellos y ellas en gustar las dulzuras de la «diversidad, sirena del mundo» en el noviazgo con la veraneante madrileñería. Noviazgos ¡ay! que suelen ser no más que nubes de verano, porque los madrileños y madrileñas son de ordinario pérfidos y pérfidas como la onda, y en cuanto vuelven á su Madrid se olvidan del amor estival y consagran el invierno, supongo yo, á ser novios por turno y entre sí como sus congéneres de X... Lanzámonos, pues, al vértigo danzante mi madre y yo. ¡Pobre señora, cuantas horas de sueño ha debido pasar mientras su hija bailaba! ¿Te acuerdas de aquel vértigo, digamos giratorio, de aquellos tres meses de vals crónico, de polka desafortada, de rigodón sin fin? Yo no había bailado nunca, yo no había estado nunca «en sociedad» como dicen

en X; el mundo era por lo tanto una novedad para mí, y yo una novedad para el mundo; de aquí mi éxito entre los donceles, tanto residentes como veraneantes, á pesar de mi escasa belleza y de mi poca picardía. ¡Ahí es nada una chiquilla que, aunque va de corto, es toda una mujer, y que no ha sido nunca novia de nadie! Yo no sé lo que tiene el movimiento, sobre todo á compás, Carlota de mi corazón. Halagada tal vez en mi instinto matemático por el «ritmo de la danza», recuerdo que me dejé arrastrar al placer del baile con verdadero frenesí: bailaba de noche, bailaba de día en casa, con mis hermanos, sola; bailaba con deleite, con encarnizamiento, como una peonza, como un trompo, y ahí verás tú, aquel exceso que, según mi padre, hubiera debido acabar conmigo, logró lo que no conseguían todas las terapéuticas maternas: volverme el buen color y el apetito y curarme la melancolía. Sí, Carlota mía, por unas cuantas vueltas en redondo, complicadas con unas cuantas galanterías necias de unos cuantos jóvenes «graciosos», consiguieron en el breve espacio de treinta días volverme idiota por completo. No ha habido en todo X... muchacha más ab-

solutamente estúpida que yo durante aquel bochornoso verano: toda mi sutileza de espíritu, toda mi ansia de vida útil y noble, toda la teoría de mis alados ideales naufragaron en la ola de necesidad ambiente, al son de un fementido pianillo ó de una murga mucho más inharmónica; el caso era bailar, bailar, bailar más que nadie, y tener alrededor más niños tontos que ninguna, diciéndome majaderías, reirme mucho, mucho, y mi madre ¡infeliz! tan contenta, porque su hija, olvidada de libros y melancolías, se había decidido á hacer vida de muchacha joven y á divertirse como las demás. Entonces sobrevino Marianito: Marianito reúne á todas las notas de cursilería típica la agravante de ser más ó menos mi primo; también era el cuitado una novedad en X... Estudiante de Medicina, y no consiguiendo aprobar no sé que asignatura en Madrid —porque el alma mía además de todo es mal estudiante— se había venido á X... en busca de benevolencia; pero por suerte ó por desdicha, la facultad de X... es de un rigor extremo hace unos cuantos años... y Marianito perdió el viaje: es decir, le ganó, según juraba él, puesto que tuvo la suerte loca de

conocerme. Ya sabes que es rubio, ya sabes que es bromista; que se burla del mundo y de sí mismo con ese desgarrado madrileño que bien puede á veces pasar por gracia; que es un poco vicioso y no lo oculta; que se ríe de las mujeres; que «saca versos de su cabeza»; que baila bien y con refinamientos de elegancia; que es capaz de estarse hablando una tarde seguida sin decir nada; que toca el piano, y la guitarra, y la bandurria, todo muy mal, pero haciendo muchísimo ruido; que dice picardías á las señoras mayores, y que las señoras mayores se mueren por él; que hace juegos de manos; que convida á barquillos á las muchachas; que ayuda á ponerse el cántaro en la cabeza á las criadas de servir; que torea un becerro si viene al caso; que se viste á la última de Madrid y se peina con raya en medio: en fin, un non plus ultra, un estuche de monerías, un final de ramillete, un muchacho de mucho porvenir y que será un gran médico, dicen las susodichas señoras mayores —si hay Universidad en España que se decida á dejarle aprobar la Histología— porque tiene muchísima labia, y eso es lo esencial.

Naturalmente, el cotarro femenino

de X... andaba alborotado ante la picardía y el donaire del calabaceado estudiante: por no sé qué fatalidad de la suerte el estudiante se mostró desdefioso con las niñas bonitas y se dedicó á galantear á ésta tu amiga, que como no pensaba más que en bailar, no le hizo gran caso en un principio, pero que, advirtiéndole después la gran envidia que causaba en el corro su buena suerte, se dejó morder por la pícaro vanidad, é hizo unas cuantas monerías condescendientes. Enredáronse vales y palabras, pasaron días y pasaron polkas; todas las amigas tenían ya su novio correspondiente; calentóse un poco la cabeza de pájaro que hay en todo cerebro de mujer, por bien organizado que esté para las matemáticas; llegó el día de Santiago bendito; tuvimos en los jardines del Casino baile de verbena; bailé más que nunca, bebí por primera vez en mi vida champagne helado; el aire estaba saturado de necedad ambiente; Marianito estuvo más decididor y más expresivo que nunca; á mitad de un schotis — hasta schotis bailábamos en aquel casino — me juró que le era materialmente imposible vivir un día más sin que fuéramos novios; me habló de una

pistola, del cielo azul y de lo felices que son las gentes que se quieren; creo que los dos estábamos un poco borrachos, y le dije que sí; después de lo cual me marché á la cama sudando como un pollo y con una sed loca. Al despertar ¡ay, Carlótica mía, que despertar tan triste! al abrir los ojos y darme cuenta de que tenía novio y de que mi novio era Marianito ¡qué pena tan extraña se apoderó de mí! Parecióme que me habían echado una cadena al cuello, pero cadena de tedio y sogá gris; me vestí callando, yo que hacía días había vuelto á mi costumbre de echarme de la cama cantando; no desayuné, y á media mañana sorprendí á mi madre, que estaba en la azotea cuidando los pájaros, con esta afirmación á quema-ropa: ¡Madre, tengo novio! Asombro, interrogaciones, confesión, consejos. A mamá también le habían seducido, no sé por qué, las gracias del nene y le pareció de perlas la noticia ¡yo que sin confesármelo á mí misma contaba con su oposición para romper el compromiso! Porque, inocentísima criatura, me figuraba que el haber contestado que sí á un hombre que le pide relaciones, ataba á una mujer tan para toda la vida como

un juramento ante los altares: esto había sacado de mis lecturas en las que había visto afirmado el hecho de que el mútuo consentimiento y la palabra dada es lo que constituye matrimonio. Pasé el día muy triste: al anochecer fuimos á bailar; no sé por qué me había figurado que Marianito debía estar tan triste como yo; por el contrario, estaba contentísimo; el amor—habla él—le tenía completamente vuelto el juicio; bailamos; á medida que íbamos dando vueltas, yo iba reanimándome y él poniéndose serio; después de todo, pensaba yo, puede que sea buen muchacho... Ya que me quiere tanto como dice... este invierno estudiaré con él la Histología y puede que consiga aprobarla... además no es feo... no... más bien es guapo... y tiene unos ojos azules bastante agradables... cuando los pone tristes... Porque es el caso que los iba poniendo un poco tristes: á fuerza de hablarme de amor, sin duda había llegado á conmoverse á sí mismo, y muy en serio, decía cosas de cariño que casi estaban bien.. le daba aquella noche por el agradecimiento... yo era la mujer más buena del mundo, y él no se cansaría nunca, nunca, nunca de quererme para pagarme la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1525 MONTEPERREY, MEMBRO

bondad extraordinaria, regalada, exquisita de haber consentido en decirle que sí: en resumen, nos separamos bastante contentos el uno del otro, y á la mañana siguiente me levanté yo con un poquito menos de melancolía, pensando: Puede que no sea tan triste como á mi me parece eso de tener novio. Así fué transcurriendo agosto: rebelde yo de día y resignada con mi suerte á la hora del bailar. Así llegó septiembre: mi Marianito se volvió á examinar ¡y lo aprobaron! Lleno él de más asombro que nadie, declaró que con mi dulce trato se le había pegado la ciencia infusa, y en agradecimiento á la buena suerte decidió matricularse en la universidad de X... y pasar el invierno en nuestra compañía... ¿A todo esto—preguntarás—que se ha hecho de nuestro muy amado don Raimundo? Mentiría si dijese que le había dado por completo al olvido: en medio de mis fútiles placeres, en lo más arrebatado del vértigo danzarín, aún me paraba á veces á saborear la visión del estudio á medias en la sala de la casa de la muralla; casi todas las tardes subía á la azotea y miraba tan de lejos al balcón cerrado; porque el profesor tiene la costumbre de pasarse el verano

corriendo mundo en peregrinaciones de ciencia. También recordaba, en los momentos inevitables en que Marianito se empeñaba en demostrarme como era de absoluta necesidad que me dejase dar un beso—necesidad que yo, entre paréntesis no consentí en reconocer nunca—aquel otro beso soñado que el buen catedrático me dió en la mano, y en un jardín, y saliendo de detrás de una peña; pero siempre que lo recordaba me echaba á reír, después de haber lanzado ¡ay! un suspiro. ¡Qué cosas tan absurdas se le ocurren á una—pensaba yo—cuando es una chiquilla sin experiencia! Sin embargo, sentía un placer extraño, mezcla de alegría y confusión, cuando recordaba que en segundo de Ciencia hay que estudiar Cristalografía, y que el profesor de Cristalografía ¡era él!

10 DE SEPTIEMBRE

¡Era él! Desde aquella solemne apertura de curso, aunque le había visto casi á diario, no había vuelto á oír el metal de su voz. No te puedo explicar con palabras la impresión espantosa que me hizo oírle pronunciar mi nombre al pasar lista el día primero de clase: ¡Teresa

Alcaraz y Benito! Me pareció, en primer lugar, que hasta entonces no me había nombrado nadie nunca, y que, por consiguiente, yo no era yo; además la voz, como sonido, me hizo el efecto material de una escobilla eléctrica que me fuese arañando la piel de todo el cuerpo: ¡Teresa Alcaraz y Benito! Yo quise contestar inmediatamente, y con mucha serenidad, y con voz fuerte, pero ¡ay de mí que tenía el famoso nudo en la garganta, y aunque dije, ó mas bien creí decir. ¡Presente! con toda gallardía, no me oyó nadie, y mi buen D Raimundo volvió á decir, no sin un poquitito de sorna: ¡Teresa Alcaraz y Benito!—¡Presente!—volví yo á contestar, esta vez con ronca y desentonada voz. D Raimundo me miró, inclinó la cabeza, y sonrió con esa su sonrisa tan atormentadoramente benévola. Por aquel día no pasó más: pronunció en nuestro honor un ligero discurso, en el que daba por segura nuestra aplicación, y nos mandó á la calle. A los tres días me llamó á parte:—Ya que es usted, me dijo, la única mujer que tenemos la suerte de contar entre los aspirantes á cristalógrafo, me permito rogarla que se encargue del trabajo, en cierto modo doméstico, de esta clase:

¿tendría usted inconveniente en ocuparse del arreglo, limpieza y conservación del armario?—El armario es una colección particular, y particularmente valiosa, de cristalitos, que D. Raimundo deja en usufructo á la Universidad, y que encerrada en una especie de armario-vitrina ornamenta la clase de Cristalografía, con orgullo de todos los alumnos: acepté el encargo, recibí la llave, procedí al inventario de pedruscos con la mayor solemnidad, y á la siguiente mañana gasté buena parte de mis ahorros en comprar el más lindo plumeró y la más flamante gamuza que pudo lograrse en el bazar de la Plaza Nueva. Además, ensarté la llave, que por suerte era inglesa y muy pequeña, en una cinta de raso azul, y me la colgué al cuello, ni más ni menos que una reliquia: naturalmente, mi Marianito se burló de mí, al advertir el dije modernista (palabras textuales del cuitado); naturalmente, le llamé majadero; naturalmente, se ofendió muchísimo, y archinaturalmente, acabamos por reñir en serio; pero era viernes, y el domingo volvimos á tener baile, y bailando bailando hicimos las paces.

¡Oh novio, novio, novio de familia,

novio inevitable, novio que entra en casa, novio que gasta bromas á la mamá y juega al toro con los hermanitos pequeños! Carlota mía, si aún estás á tiempo, ¡por lo que más desees querer en el mundo, no tengas novio sin amor... ni con amor! Te lo pido, te lo ruego, me pongo más que de rodillas para conjurarte á que alejes tal calamidad de tu vida, si la quieres serena y noblemente romántica! ¡No des á ningún hombre el derecho á creerse obligado á darte un beso detrás de cada puerta; no profanes la violenta hermosura del amor con la tediosa obligación de decir «te quiero», en voz baja, delante de toda la familia reunida, y de cinco á siete, precisamente de cinco á siete, ó de nueve á once... ó de la hora que sea á la que sea! No envuelvas el amor, ó la ficción de amor, que es cosa del libérrimo deseo, en la niebla parda, mezcla de prohibición y consentimiento, que representa este aborrecible verbo español «estar en relaciones». ¡Madre mía, quererse porque sí, al aire libre, donde nadie lo sepa y á nadie le parezca bien ni mal, sin reconocimiento oficial, sin comedia casera, sin noviazgo, en una palabra! Creo que si me llego á casar con mi novio le hu-

biese guardado rencor de haberlo sido para toda la vida: afortunadamente, mi marido no ha sido mi novio nunca, nunca, nunca...!

Como ves, Carlota de mi alma, tu pobre Teresita andaba por aquel entonces muy lejos, pero muy lejos de ser feliz. A mis tedios caseros, se añadían mis rabiets en clase: cierto que la limpieza y arreglo del «armario» no dejaban nada que desear; cierto que nunca habían centelleado con mayor fulgor corindos, crismalinas, topacios y granates; cierto que yo estudiaba con sin igual aplicación y atendía á las explicaciones del maestro como nunca atendió entusiasmado alumno; pero ¡ay de mí! que me ocurría un fenómeno extraordinario: desde el primer día de asistir á su clase, las palabras de D. Raimundo de la Gala perdieron para mí todo sentido; no eran más que voz, es decir, sonido, es decir, caricia; sí, Carlota, caricia; cosa rara ¿verdad? Gustábame oír hablar á aquel hombre por sólo el placer de oírle hablar ¡y qué placer, criatura, qué placer! Hablan de miradas y de contactos y de roces más ó menos sentimentales, de manos que se estrechan, de bocas que se juntan. Yo te puedo decir, ahora que el

matrimonio me ha enseñado por práctica algo sobre el valor de tales voluptuosidades, que no la hay, para mí, parecida á la voluptuosidad de aquella voz, que yo oía cerrando los ojos, y que pasaba sobre mí, á veces como corriente de agua tibia y bien oliente, á veces como puñal que de parte á parte me atravesase el corazón, á veces como beso, aquel beso soñado en la mano; porque hasta en las manos sentía yo el roce de la palabra musical, honda, conmovedora, de cristal, de acero, de luz... de amor, del señor Catedrático. Mientras estaba en clase oía, oía, oía sin entender jota, y en casa repetía deleitándome, como quien saborea una golosina favorita: ¡Sistemas de cristalización, sistemas de cristalización, sistemas de cristalización!... ó cualquier otro grupo de palabras suyas que me hubiese aquella mañana conmovido especialísimamente. No te rias ¿eh?, porque yo he llorado con desconsuelo muchas noches seguidas, sin querer confesarme la razón de mi mal.

¿A qué seguir? Sabido el desenlace de la historia ¿que más podré contarte de los detalles preliminares? Esta mi extravagante situación se fué agravando á

medida que pasaron días: si flaca había estado la anterior primavera, esta llegué á convertirme en un verdadero esqueleto; de irritabilidad nerviosa, no hablemos: yo era un cardo, un erizo con los pinchos de punta, un gato cogido en un lazo. Marianito sufría mis continuos malhumores con paciencia digna de mejor causa. ¡Lo que son los hombres! Creo que, si la situación llega á prolongarse unos cuantos meses más, se hubiese enamorado de mí irremediablemente: dándoselas de médico, por anticipación, declaró formalmente que todas mis arbitrariedades eran achaque de histerismo, y mi madre, que había llegado á tener en su ciencia futura fé de mamá política, lo creyó á pies juntas, y ya entre los dos tenían decidido para el verano un tratamiento medio hidroterápico, medio eléctrico, que era un primor. Afortunadamente llegó junio, puesto que todo llega en el mundo, y con él, la catástrofe.

Supiste á su debido tiempo, con sorpresa, con estupefacción, con pasmo que, habiéndome examinado de Cristalografía, volví al hogar, no con la acostumbrada rama de laurel, sino con la exótica calabaza. Sí, querida mía, el